

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA MODERNA



NO
5.1

Adolph Menjou

Rosita Moreno

25
cts

AMOR AUDAZ

LA NOVELA
SEMANAL CINEMATOGRÁFICA
MODERNA

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN:

Francisco - Mario Bistagne

{ Pasaje de la Paz, 10 bis

TELÉFONO 18551

Año IX

BARCELONA

N.º 501

Amor audaz

Sentimental asunto, interpretado por
Adolphe Menjou, Ramón Pereda,
Barry Norton, Rosita Moreno, etc.

Es un film hablado en español
PARAMOUNT



Distribuido por
PARAMOUNT FILMS, S. A.

Paseo de Gracia, 91

Barcelona

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
JEANNETTE MAC DONALD

Prohibida la
reproducción

Amor audaz

Argumento de la película

I

París. Una casa lujosamente amueblada. Otra enfrente donde se advierten los mismos detalles de lujo y de exquisitez.

La calle es estrecha. Coincidén los balcones. Uno se halla enfrente de otro, de modo que los vecinos podrían entablar un diálogo sin necesidad de levantar la voz.

En uno de ellos vive Albert d'Arlons. Un aristócrata, sin duda, a juzgar por la exquisitez de sus modales. Está desayunando, y Mauricio, el criado, le sirve.

Pero Mauricio no atiende a su señor como es

debido. Algo le distrae. De pronto se oye el chasquido de algunos besos. Se vuelve el señor y ve al criado lanzándolos con los dedos a través de los cristales del amplio mirador.

Albert d'Arlons sabe que su criado está loco perdido por la doncella de su vecina y como siente curiosidad por conocerla, se levanta cautelosamente para mirar al balcón de enfrente en el preciso instante en que Mauricio se retira avergonzado.

Albert no ve a la doncella de su vecina; sino a su vecina misma, la condesa de Stavrin.

Está magnífica con su *toilette* casera donde resplandecen las blondas y las escamas.

Albert sonríe y saluda, pero ella, con gesto iracundo y desdenoso, tira del cordón y hace correr las cortinas de seda.

Se equivocará el que crea que la condesa detesta a su vecino. Por el contrario siente hacia él gratitud y simpatía. No le conoce, pero recibe diariamente de él un ramo de flores, que varían con los días de la semana. Hoy, martes, han sido orquídeas; mañana, miércoles, serán gardenias. Y, del mismo modo, el jueves tendrá sus flores especiales, y lo mismo el viernes, y el sábado, y el domingo y el lunes.

¿Por qué, pues, la condesa de Stavrin ha corrido las cortinas con un gesto tan altivo y desdenoso.

La explicación es muy sencilla. Contemplando estaba la condesa las orquídeas enviadas por Albert, cuando ha oído el chasquido de algunos besos. Ha visto que María los lanzaba a través de los cristales del mirador. No sabe que María flirtea con el criado del vecino. Se acerca al mirador para ver quién recibe los besos y entonces ve en el balcón de enfrente a Albert d'Arlons.

Cree que los besos eran para él. He aquí explicado el movimiento de despecho.

Pero después pregunta a la doncella:

—¿Qué significa eso, María?

Y entonces la deja estupefacta esta respuesta de la fármula:

—Sí, señora... tiene usted razón... pero es que ese Mauricio... ¡es tan simpático!

—¿Qué Mauricio?

—El criado del señor d'Arlons.

—Pero ¿eran para el criado del señor d'Arlons esos besos?

—Sí, señora. ¿Qué se había figurado la señora?

—¡Oh, qué torpe he sido! ¿Qué pensará Albert de mí?

Y corre al balcón para remediar el mal, pero ya es demasiado tarde. El señor d'Arlons ha corrido también las cortinas de su mirador.

* * *

Continúa Albert desayunando, mientras lee el periódico.

De pronto, sus ojos se fijan con vivo interés en una noticia. Se trataba de que un norteamericano que estaba de temporada en Niza había comprado para su esposa un collar famoso que valía la friolera de cien mil dólares.

Pero ¿por qué demonio le interesa al aristócrata semejante noticia? La vida tiene sus misterios. El caso es que el señor d'Arlons muestra a su criado el periódico y le dice:

—Mira. Hemos de irnos a Niza. Aquí estamos los dos muy bien, pero...

—Comprendido, señor—responde el criado en tono de lamento—. Primero es la obligación que la devoción.

Y en el acto comienza a hacer los preparativos para el viaje.

II

Estaba Malacroff sentado a su mesa de escritorio cuando un criado le anunció a la condesa de Stavrin.

—Que pase en seguida—dijo Malacroff.

Era un caballero de unos treinta años, bien vestido y de gentiles ademanes. Un bigotillo negro armonizaba con el tono oscuro de sus ojillos vivos y penetrantes. En aquel rostro había un algo de perversidad que confundía.

La condesa no se atrevía a penetrar en la habitación y contemplaba a Malacroff con temerosa mirada.

—Adelante. ¿Qué haces plantada ahí como una estatua?

Ella avanzó sin pronunciar una sílaba y se sentó en la butaca que le ofrecía Malacroff.

—Ya te dije que quería poner fin a esta vida. Cuando era demasiado inocente para comprender lo indigno de mi conducta me podías explotar a tu gusto. Pero esto se ha acabado Malacroff.

Sonrió éste con sonrisa inquietante. Abrió el cajón y entregó a la condesa un collar de perlas.

—¿Qué es esto?

—Un collar que acaba de ser comprado por la familia Corbett, unos norteamericanos que están de temporada en Niza.

—Entonces ¿cómo puede estar aquí?

—Muy sencillo. Esto no es más que una imitación. Aquel es el verdadero.

—Y...

—Sí, tú has de substituir el otro por éste.

—¡No lo haré!

—Sí que lo harás—dijo Malacroff sin inmutarse...

—¡Quiero ser libre! ¡Quiero ser honrada! ¡Quiero vivir en el mundo de la luz y no en el de las sombras! ¡Hay cosas tan bellas en la vida!...

—Comprendo. Te has enamorado.

—Si fuera así ¿no tendría derecho a ello?

—No me importa, con tal que sigas a mi servicio.

—Es que no seguiré.

—¡Sí seguirás!—replicó Malacroff dirigiéndole una mirada terrible—. Eres el número 8 y no puedo prescindir de ti. Una máquina necesita de todas las piezas para funcionar; lo mismo sucede a mi organización.

—Pero...

La interrumpió el timbre del teléfono.

Malacroff descolgó el auricular. Lo aplicó a su oído. Sonrió con sarcasmo.

—Traedlo—dijo.

Se abrió la puerta y aparecieron dos hombres, arrastrando a un tercero.

Este era joven y en su rostro se reflejaba el terror.

—¡No lo volveré a hacer, Malacroff! ¡Te aseguro que no lo volveré a hacer! ¡Perdón, perdón!

Malacroff le miraba con dura frialdad, indiferente a las convulsiones de horror del desdichado.

—Tu imprudencia ha costado la vida a dos de mis hombres y eso no se perdoná. Llevadlo abajo.

—¡No! ¡¡No!!

Y sus gritos se perdieron detrás de la puerta. Entonces Malacroff se sentó ante el armonium que tenía en el despacho y empezó a tocar.

Comprendió la condesa. Malacroff tocaba para ahogar los gritos del torturado.

Era una música muy sentida.

—Siempre que oigas esta canción, acuérdate de mí—dijo sonriendo.

—No es probable que vuelva a oírla nunca.

—Sí que la oirás. La profesora de música de la hija de los Corbett es amiga mía y sé que esta canción es su debilidad.

La condesa estaba pensativa mientras las manos de Malacroff oprimían el teclado.

De pronto dijo:

—Conforme. Iré a Niza, si me prometes que después me dejarás en paz.

—Si me traes el collar, concedido—repuso Malacroff.

* * *

En la suntuosa villa de los Corbett, el matrimonio sostenía una dura polémica, en tanto la única hija tocaba el piano y vocalizaba.

—¡Maldita sea la hora en que se nos ocurrió salir de Chicago! ¡Esto es lo más aburrido del mundo! Has venido a hacer amistades y en un mes que llevamos aquí no has recibido ni siquiera una visita, a pesar de que has mandado las invitaciones a millares. ¡Tan estupendamente como estaría yo en el club de los salchicheros de Chicago!

—Tú siempre serás el mismo. Cuando más millones tienes eres más ordinario. No sólo de salchichas vive el hombre.

—Pero ¿qué conseguimos permaneciendo aquí?

—Hacer amistades, adquirir importancia social. Hay que tener paciencia. Nadie nos conoce en Niza. Día llegará en que hagamos el primer conocimiento y ése dará lugar a otros muchos.

Y añadió con anticipado deleite:

—Piensa en lo que dirán nuestras amistades de Chicago cuando vean las cosas que hemos aprendido de esta exquisita sociedad.

—Lo único que se aprende aquí es a dar bostezos.

Y como en este momento la hija de los Corbett lanzara una nota demasiado alta, también hubo para ella.

—¡Y tú, rica, haz el favor de callar de una vez!

—¡Eres insoportable, Silvestre!—protestó la esposa. —A quién se le diga que te opones a que nuestra hija desarrolle sus facultades para el canto! ¡Dios mío, qué desgraciada soy!

Estuvo a punto de darle algo. Su hija había corrido a auxiliarla, derramando lágrimas de desventura, y sabe Dios qué proporciones habría adquirido el drama, si en aquel instante no entrara el mayordomo con una tarjeta en la que la señora de Corbett leyó:

“Condesa de Stavrin.”

El dolor se desvaneció instantáneamente de su rostro y una alegría delirante le substituyó.

—¡Silvestre, una condesa!

—Pero ¡es posible!

Y añadió después de leer la tarjeta:

—¡Sí, sí! ¡Vamos, menos mal que no hemos venido a perder el tiempo!

La señorita Corbett estaba también tan emocionada que no acertaba a pronunciar una sílaba.

—¡Qué pase, que pase!—dijo la señora de Corbett al mayordomo.

III

La condesa de Stavrin, gentilísima, se excusaba.

—Una avería en el auto. Mi chofer no la puede arreglar sin la ayuda de alguien, y he pensado que acaso el chofer de ustedes...

—¡Ya lo creo! —dijo el señor Corbett—. Voy en seguida a avisarlo.

—Nunca olvidaré este favor.

—Pero ¿qué dice usted, condesa? —exclamó la señora de Corbett—. Estamos encantadas de que se nos haya ofrecido esta ocasión de conocerla.

—Son ustedes muy amables.

La hicieron quitarse el abrigo y sentarse. Le ofrecieron una taza de té. Charlaron. Y las cosas se enredaron de modo que la conversación recayó sobre las joyas.

—¿Por qué nos gustarán tanto? —exclamó la condesa.

El señor Corbett, que regresaba en aquel momento, contestó:

—Dígamelo usted a mí que acabo de pagar una factura de cien mil dólares por un collar.

—¡Cien mil dólares!

—Contantes y sonantes.

—¿Acaso se trata de ese famoso collar de procedencia india que se ha vendido hace unos días en esta ciudad?

—El mismo.

—¡Oh, debe de ser muy hermoso!

—Sí lo es —convino la señora de Corbett—. Sorprende la igualdad y la perfección de las perlas.

—¡Oh, señora de Corbett, la envído!

En este momento se presentó el mayordomo.

—La policía, señora.

La condesa se sobresaltó, pero la señora de Corbett la tranquilizó en seguida.

—Se trata de nuestro perrito, que se perdió ayer y hemos dado parte por si se trata de un robo. Excúseme un momento.

Tres policías con tres perritos esperaban a la señora de Corbett. Pero no era ninguno de los tres.

—¡Oh, cómo quieren comparar ustedes esos monstruos con mi chuchito! ¡Se ha perdido! ¡Se ha perdido!

—No desespere, señora —dijo uno de los agentes recordando la cantidad que la señora de Corbett había ofrecido—. Puedo asegurarle que lo encontraremos.

Y se fueron a soltar los perros y a buscar otros.

* * *

Entretanto, en la villa vecina se desarrollaba una interesante escena.

Albert d'Arlons decía a su criado:

—Tráeme el perrito que cazaste ayer.

—En seguida. ¡Y que no me hizo correr poco el chuchito ese!

Mauricio fué por el perro y se lo entregó al señor d'Arlons, el cual pasó con la canina carga a la villa de los Corbett.

Cuando la dueña de la casa leyó la tarjeta que le entregó el mayordomo lanzó una nueva exclamación de alegría.

—¡Es nuestro vecino, Silvestre! El señor que alquiló ayer la villa de al lado. Perdóneme otra vez, condesa.

Su emoción se desbordó al ver que el aristocrático vecino llevaba el perro debajo del brazo.

—Lo he encontrado en mi jardín, señora, y he pensado que acaso fuera de ustedes.

—Sí, señor; es nuestro, y desde ayer andamos locos buscándole... Le doy las gracias en nombre de todos, pues todos lo queríamos como si fuera de la familia... Pero ¿qué digo? Ellos pueden darle las gracias personalmente... Es decir, si

me permite usted que le presente a mi esposo y a mi hija.

—Encantado, señora.

—Venga usted, señor d'Arlons. Precisamente en este momento estábamos tomando el te.

Entregó el perro al mayordomo y condujo al gentil vecino al salón donde estaba la condesa.

La estupefacción que tanto ésta como d'Albert experimentaron al verse no es para descrita. Sin embargo, los dos tuvieron secretos motivos para disimular y se saludaron con toda etiqueta cuando los presentó la señora de Corbett.

Desde el primer momento la señorita Corbett quedó prendada del señor d'Arlons. Sus maneras exquisitas, su elegancia, su distinción, la cautivaron hasta el punto de que apenas pudo pronunciar palabra cuando él le besó la mano.

La condesa manifestó su propósito de quedarse en Niza de temporada. Ya había dado orden a una agencia para que le buscara una villa.

El señor d'Arlons no pensaba regresar a París hasta bien entrado el otoño.

Fueron éstas dos noticias que produjeron sensación en los Corbett. Tenían asegurada la amistad de dos aristócratas para toda la temporada.

Los dos fueron invitados a compartir la mesa con los Corbett al día siguiente. Los dos aceptaron.

IV

Era la hora del coctel. En la casa había un nuevo huésped, Sandy Carlton, el prometido de la señorita Corbett, el cual había cruzado el Atlántico sólo por permanecer una semana al lado de su novia.

Desde el primer momento advirtió la admiración excesiva que la señorita Corbett dedicaba al gentil vecino y ello originó vivas inquietudes en su espíritu juvenil.

Estaba Sandy con el señor Corbett, haciendo el coctel en el comedor, y desde allí veía cómo su novia dirigía a Albert palabras y miradas llenas de vehemencia.

Respiró al ver que la señora de Corbett se mezclaba en la conversación, acaparando las gentilezas del vecino.

Entonces se levantó la muchacha y se dirigió al piano.

La condesa, un poco aislada de todos, a pesar de que habíase establecido una corriente de miradas entre ella y el señor d'Arlons, fué sorprendida por una música inolvidable que la conmovió profundamente.

Se acordó en el acto de Malacroff. Era aque-

lla canción que el bandido arrancara del armonium, mientras torturaban al traidor de la banda. Era aquella música sobre la que Malacroff le había dicho:



...el cual había cruzado el Atlántico sólo por permanecer una semana al lado de su novia.

—Cuando oigas esta canción acuédate de mí. Se levantó y se acercó pausadamente al piano.

—Es bella esa canción—dijo.

—Sí. Mi profesora de música ha demostrado un especial interés en que la aprenda.

—¿Cómo se titula?

—“Siempre serás mía.”

* * *

Los ojos de la condesa fueron entonces, de las manos de la pianista, a la garganta de la



...y se dirigió al piano.

señora Corbett, de donde pendía el collar. Recordó entonces que su misión no era precisamente alternar con aquella simpática familia y que tenía un compromiso con su chófer, que era el de Malacroff.

Al entrar había abierto una ventana, a través de la cual, una persona que estuviera en el jar-

dín podría ver el espejo del vestíbulo. Estaba todo bien preparado. En su bolso, que no había soltado un momento, estaba la joya falsa que Malacroff le había entregado antes de partir. Y la señorita Corbett seguía acariciando las teclas y llenándole el pensamiento del recuerdo de Malacroff.

Se acercó a la señora de Corbett.

—Realmente, es una maravilla ese collar. Le sienta a usted maravillosamente.

—Creo que a usted le sentaría mejor.

—Mejor no, pero me embellecería. Aunque sea un momento, señora, ¿me permite que me lo pruebe?

—Ya lo creo—exclamó la señora de Corbett al mismo tiempo que se lo quitaba.

Se lo puso la condesa y comenzó a esforzarse en vano por cerrarlo.

—Tiene un cierre extraordinariamente fuerte —dijo la señora de Corbett.

—Si me permite—intervino d'Arlons.

La condesa le ofreció la nuca y, a pesar de la intensidad del momento, no pudo menos de estremecerse al contacto de aquellos dedos.

—¡Magnífico!—exclamó la señora de Corbett—. Le sienta a usted admirablemente.

—¿De veras? Creo que en el vestíbulo hay un espejo. Voy a mirarme.

Era el momento convenido. El chofer, desde

el jardín, apenas vió ante el espejo a la condesa, sacó el revólver y comenzó a disparar y a dar gritos.

Se originó una confusión tremenda en la casa. La señora de Corbett, que en aquel momento entraba en el vestíbulo, huyó hacia el interior de la casa.

Entonces trató la condesa de quitarse el collar. Pero sus dedos forzaron inútilmente el cierre. Intentó quitárselo por encima de la cabeza, pero era demasiado estrecho. En estas luchas se hallaba cuando se sintió cogida por un brazo. Era d'Arlons.

—Maldito cierre ¿verdad?—sonrió—. Si me lo permite yo que lo he cerrado lo abriré.

Y al mismo tiempo, sin esperar la contestación de la condesa, le quitó el collar y le ofreció el brazo.

Habían cesado los tiros cuando entraron los dos en el salón. En aquel preciso instante Sandy estaba diciendo:

—Es curioso que se haya producido el escándalo en el momento en que usted, señora Corbett, no tiene puesto el collar.

Estas palabras produjeron viva inquietud en la dueña de la casa, inquietud que aumentó al ver que la condesa entraba en el salón sin el collar.

—¿Dónde está el collar, condesa? ¿Se lo han robado? ¡Oh, qué desgracia!

—Cálmese, señora—dijo d'Arlons—. Su collar está aquí. Al oír los disparos la condesa se ha apresurado a defenderlo como si fuera suyo y ha reclamado mi ayuda.

Le entregó la joya.

—¡Oh, puedo dar gracias a que en ese momento estuviera en manos de ustedes!—exclamó la señora de Corbett.

V

Cuando la condesa se retiró, también lo hizo Albert. Los dos deseaban unos minutos de confidencias. Eran los vecinos de París. En Niza habían adoptado una postura falsa. Esto requería una explicación por parte de ambos.

Estuvieron en los jardines del Gran Hotel. No hablaron de los sucesos de aquella noche; sólo hablaron de París, de sus miradores enfrentados, de las flores que correspondían a cada día de la semana.

Pero llegó un momento en que Albert profundizó demasiado y habló de cosas muy íntimas y delicadas. Pronunció la palabra amor. Y entonces la condesa advirtió que su propia con-

ciencia tenía un velo entre los dos. No había llegado aún el momento en que ella pudiera amar. Para eso habría de esperar a que su alma se purificase.

Y allí terminó la entrevista.

* * *

Comprendió que se hallaba ante un gran problema cuando estuvo a solas en su habitación del Gran Hotel.

Si no robaba el collar, Malacroff se vengaría. Si lo robaba, habría de suspender indefinidamente su flirt con d'Arlons.

De pronto se abrió la puerta y vió aparecer el rostro inquietante de Malacroff.

—¿Qué haces aquí? ¿A qué has venido?

—Me sorprende que no lo supongas. Vengo por el collar.

—No lo tengo aún. El golpe de esta noche ha fracasado.

—¿Por qué?

—Mala suerte.

—¿Estaba allí ese d'Arlons que te ha acompañado hasta la puerta?

—Sí...

—Entonces está explicado el fracaso. Apostaría cualquier cosa a que ese hombre estaba a tu lado cuando no has podido apoderarte del collar.

—En efecto, pero ha sido una casualidad.

—Nada de eso. Tu vecino aparece mezclado en mis asuntos más de una vez y de dos. No necesito hacer ninguna averiguación para saber que es detective.

—No creo...—dijo la condesa sin convicción.

—Yo, en cambio, no tengo la menor duda. ¿No te parece que es mucha casualidad que lo hayas encontrado en casa de los Corbett?

—En efecto...

Le sorprendía haber estado tan ciega para no comprenderlo. Los incidentes de aquella noche eran una confirmación plena de las sospechas de Malacroff. Se sintió humillada. Cualquier ardil le hubiera parecido lícito por parte de Albert, menos el que había puesto en práctica.

—Bueno, vamos a terminar—dijo de pronto Malacroff—. Antes de que pasen veinticuatro horas quiero tener en mi poder el collar.

—Ahora es muy difícil.

—Lo siento por ti. Tienes un día para idear un plan y ponerlo en práctica. Si mañana a esta misma hora no me has entregado el collar, habrás de vértelas con Malacroff.

* * *

A la tarde siguiente, la familia Corbett tomaba el te con ella en los jardines del "Grand Hotel". También d'Arlons figuraba entre los invitados, muy sorprendido por cierto ante la frialdad con que le trataba la condesa.

Esta recibió una carta de manos del mozo. Una noticia desagradable que la hizo prorrumpir en exclamaciones de disgusto. La agencia le comunicaba la imposibilidad de encontrarle la villa que deseaba. Estaban alquiladas todas y ninguna se desocuparía antes del otoño.

Explicó a sus amigos su desventura y ellos se tragaron el anzuelo.

—Hay una solución, condesa—dijo la señora de Corbett—para que usted no tenga que vivir en el hotel. Nuestra villa es tan grande que la mitad de ella no la utilizamos para nada. Si usted aceptara...

La condesa protestó. El favor era demasiado grande para que lo aceptara. Sería delicioso vivir en su compañía, pero era evidente que aquello tenía el carácter de una intrusión.

Pero las protestas de los señores de Corbett fueron aún más energicas y la condesa sufrió

una seria derrota. No tuvo más remedio que aceptar.

Aquella misma noche estaría la condesa instalada en casa de sus amigos.

VI

¿Fué una imprudencia? Acaso. Pero ni la señorita Corbett ni su madre, en su afán de perfeccionamiento, lo supieron ver. El caso fué que la muchacha, sin que su prometido lo supiera, fué aquella noche al casino acompañada d'Arlons.

A la hora de retirarse, la condesa se quedó hasta el último momento con el señor Corbett. Y ya se dirigía a sus habitaciones conducida por él cuando exclamó, como obedeciendo a un súbito pensamiento:

—Desde los tiros de la otra noche, he tomado miedo. ¿Dónde podría guardar mis joyas para que estuvieran seguras?

—En la caja fuerte. Venga usted.

La condujo a la biblioteca, apartó unos libros de la estantería y abrió la caja.

La condesa, por encima de su hombro, estuvo atenta a la combinación.

Esperó a que todo estuviera en silencio y bajó a la biblioteca. Pero no contaba con que otras personas tuvieran también sus motivos para no dormir y...

Sandy, desde la ventana de su habitación, vió llegar a su prometida del brazo de Albert. Les vió despedirse efusivamente.

Corrió escaleras abajo y alcanzó a d'Arlons antes de que saliera del jardín. Le pidió explicaciones. Pero él halló una razón convincente para demostrarle que no abrigaba ninguna intención respecto a su prometida.

Quedaron solos y hablaron extensamente.

—Sólo le diré una cosa, amigo Sandy. Ella le ama a usted y yo amo a otra.

—Pero...

—Hemos salido juntos porque su novia quería conocer el casino. Acompañada por mí ha podido aprender muchas cosas de las que usted está tan ignorante como ella. Soy francés. Le he servido de guía. Eso es todo. Además, le repito que amo a otra mujer.

El rostro de Sandy se iluminó.

—¡Oh, perdóneme! Estaba ciego.

—Eso está ya olvidado.

—Y dígame, señor d'Arlons, esa mujer... ¿es la condesa?

—La misma, Sandy.

Se despidieron cordialmente.

Y fué entonces, cuando Sandy entró en la casa y cruzó la biblioteca, cuando se dió de manos a boca con la condesa de Stavrin.

—¡Ah, la he pillado a usted!



Le pidió explicaciones.

Ella estaba tan turbada que no acertaba a formular una disculpa.

—No trate usted de disimular. Lo sé todo.

—¿Eh?

—Sí, venga usted conmigo. Usted estaba citada con el señor d'Arlons. Pues bien, la está esperando con impaciencia.

La cogió de la mano, la condujo al jardín

y se la entregó, según sus propias palabras, a d'Arlons.

Después se fué a dormir tranquilamente.

* * *

No se entendieron. En vano luchó d'Arlons por romper aquella frialdad de hielo con que la condesa le trataba hacia veinticuatro horas. En vano quiso conocer el motivo. La conversación duró tan sólo el tiempo que Sandy tardó en llegar a su aposento.

* * *

Ahora pudo la condesa operar más libremente. Abrió la caja, cambió el collar...

Pero, de pronto, un círculo luminoso se proyectó en una de las paredes de la biblioteca.

Se refugió en un rincón, pero tan precipitadamente, que un jarrón se volcó con estrépito.

La enfocó la linterna y en seguida la mano de d'Arlons rodó la llave de la luz.

No le había sorprendido a d'Arlons encontrarla allí. Ella, en cambio, estaba estupefacta.

Sonrió al fin.

—Supongo que ya estará usted satisfecho, señor detective.

Y también sonrió d'Arlons al decir:

—Está usted equivocada. He venido simplemente a impedir que cometiera usted el robo.

—No puedo creerle.

—Me creerá. Vine a Niza con el mismo propósito que usted. El collar de los Corbett me atraía. Estaba decidido a robarlo.

—¿Por qué?

Y en la pregunta de la condesa había una entonación de censura.

—Porque mi oficio es el mismo que el suyo. ¿Me cree ahora?

—Sí le creo—repuso la condesa con amargura—. Pero hubiera preferido que fuera usted detective.

—Si de veras le complace que no sea ladrón le diré que hace dos días he dejado de serlo.

—¿Hace dos días?

—Desde que hablé con usted por vez primera.

—¿De veras?... ¡Oh, ese maldito Malacroff ha puesto en mi alma la desconfianza y la duda!... No puedo creerle.

—¿Qué interés podría tener en engañarla? Por otra parte, si fuera detective, no estaría perdiendo el tiempo en esta charla...

—Es verdad... Estoy loca... ¡Ese maldito Malacroff!... Oigame, créame... También yo había resuelto regenerarme. Este iba a ser mi último robo. Era la condición que Malacroff

me imponía para dejarme en paz. ¿Puedo aspirar a que usted me perdone?

—Con una condición.

—¿Cuál?

—La de que vuelva a poner el collar donde estaba.



—*Ya sabía yo que este idilio iba a terminar así.*

—Pero Malacroff...

—No le tema. Yo me entenderé con él.

Obedeció la condesa. De pronto oyeron una voz amenazadora y los dos se volvieron. Allí estaba Malacroff, apuntándole con el revólver.

—Ya sabía yo que este idilio iba a terminar así—dijo mirando ferozmente a la condesa.

Pero no bien hubo terminado de pronunciar estas palabras, cuando d'Arlons, de un tremendo salto, cayó sobre él.

Rodaron los dos por el suelo. Fué una lucha tremenda. De pronto sonó un disparo y Malacroff se desplomó sin vida.



Y todo fué felicidad.

* * *

La policía, avisada inmediatamente, lo aclaró todo en pocos minutos.

El hecho de que d'Arlons y la condesa se ha-

llaran en la biblioteca infundió sospechas en un principio, pero Sandy habló por ellos, los cuales incurrieron en reticencias y contradicciones.

—Un asunto sentimental, señor inspector. Se aman. Estaban citados. En ese momento han visto entrar el ladrón y este caballero ha querido impedir el robo.

Y como se descubrió que en efecto el muerto era un bandido de la peor calaña, todo pareció al inspector la mar de lógico y dió por terminado el asunto.

Aquella misma noche se fijó la fecha de la boda entre la condesa y Albert d'Arlons, y Sandy logró que los padres de su novia autorizaran su matrimonio para el mismo día.

Y todo fué felicidad.

F I N

Éxito formidable en las selectas

Ediciones Especiales

de uno de los más bellos asuntos que se han
dado en el cine:

DEL MISMO BARRO

por Mona Maris y Juan Torena

Novela que no ha de faltar en ningún hogar!

Ediciones BISTAGNE



Pasaje de la Paz, 10 bis
Teléfono 18551
BARCELONA